

La comunidad científica entiende el Antropoceno como aquel intervalo de tiempo en el que las condiciones y procesos en la Tierra han sido profundamente alterados por el impacto de los humanos; una fracción minúscula, exigua, de historia geológica, un suspiro en la trayectoria de casi doscientos milenios de un ser que se irguió sobre congéneres próximos y dilató su cerebro, erigiendo y mejorando habilidades insólitas. El lenguaje y una organización social sofisticada que ha ido dejando su huella como cualquier otro organismo en esa memoria que son los sedimentos, generando fósiles propios, trazas particulares que en algún instante del futuro podrán identificarse, como ya se identifican en el presente.

Sedimentos que han de encerrar la propia cultura, el sesgo de una humanidad que se ha ido inventando y que se materializa en signos físicos e indicadores químicos y biológicos, añadidos a los fangos que van cubriendo su propio tiempo, compitiendo con corales, microorganismos mineralizados, moluscos, pólenes o estructuras sedimentarias, que hasta el momento eran los actores de esa historia, utilizados para recrear climas, ambiente y paisajes por paleontólogos y estratígrafos. Ambientes que se han ido modelando al albur de los caprichos orbitales o solares, en ocasiones alterados por la súbita colisión de un meteorito o la erupción de un volcán venerado por aborígenes y acaso colonizado por turistas. Escenarios que ha modelado la interferencia de la sociedad implantada por esos seres que, exponencialmente, han ido ocupando el Planeta y que, ahora sin ningún género de dudas, alteran y añaden una impronta inesperada, indisciplinada, que genera nuevas visiones de un nicho robado.

Bienvenidos a un futuro incierto que, categóricamente, se puede explicar en el pasado enterrado.
Welcome to the Antropoceno.

José-Abel Flores